

del pre-duelo, tachado de irresponsable, y así pasan las cosas, y son todos iguales, el sindicato, a ver, como los protege.

Otro dirigió la conversación a comparar el triste sino de la raza humana y sus similitudes al habitar la urbe con el traslado de las no menos afamadas churra y merina, y sus machos correspondientes.

Persona que no queda identificada, pero que estaba allí, advirtió estarse quedando frío, el brazo, claro, y al respectivo, sintió un escalofrío, chiquitito nada más, lo cual fue óbice para que el tal afirmase ser un lugar frío; aseverando un segundo que él ya tenía los pies fríos, rato hacía.

El conductor que parecía un rico-hombre, dijo que a ver si el brazo resultaba ser un brazo armado de algo, apéndice subversivo de organización anticonstitucionales de nada claras raíces internacionales, y que luego de estar allí esperando resultare o resultase que había sido más el ruido que el brazo —perdón, se trata del brazo—.

Pero el amigo del brazo dijo, no es verdad, que llevaba cincuenta años con él y hasta ahora que le haya hecho quedar mal, alguna vez, eso sí, reconoció con un cierto pudor, leve, lógico, entre caballeros, ya se sabe. pues eso, que le metía mano a las mujeres en las aperturas del metro, pero vamos, eso son pecadillos veniales, cosas que hacemos todos alguna o más veces, pobre mío.

Sí, dijo el choffeur, a ver usted que va a decir.

Pasados que fueron momentos, los supracitados testigos en parte mosqueados por la tardanza de los efectivos públicos, otro pelín por el frío, y último que la hora, alegaron razones mayores: jornada laboral legal de 7,488 h. según convenio colectivo, y sé, con mucho dolor, cuánto lo siento, se despidieron, dieron la mano y no más la notaron más que tibia, algo frío, bastante, yo diría que cadavérica.

—Yo creo, que efectivamente, así es, o sea, le doy la razón, vamos que no se lo discuto.

Tomado el pulso resultó ser cadáver, lo cual no se sabe cuándo pudo ser la hora del óbito, —que no sería mucho— porque él recordaba, sí —es cierto— haberla visto moverse un poco estertóreamente, sí, pero no había caído.

El dueño hizo pucheros y la mano sana del brazo sano del señor medio-braceado la daba palmaditas convulsivamente en la región dorsal a la altura de la décima costilla, en sentido de arriba abajo, que es como se cuentan estas cosas, esto así hecho producía en el antedicho un susto, lo que facilitaba el funcionamiento del paquete cardiovascular y el hipido del propio llanto.

Se dieron, se pasaron el pésame y se despidieron.

Al brazo, un lapo de un skin que pasaba por el lugar cáyole en la palma de su respectiva mano, encharcado como estaba en el fango de su propia sangre coagulada.

Se quedó en el suelo. Muerto. No lo conocía nadie.

RAMON HURTADO